
CRÍTICA DE LIBROS

HIRSCH, Martin

**Ces peurs qui nous gouvernent. Sécurité alimentaire:
faut-il craindre la transparence?**
Editions Albin Michel, París, 2000

En este libro su autor expone los riesgos inherentes a la sociedad moderna y el difícil trabajo de conciliar ciencia, toma de decisiones y mediación política. Comienza señalando que, en cualquier tema relacionado con la seguridad sanitaria y de los alimentos, el sistema de toma de decisiones consulta a científicos y expertos, y nos muestra los compromisos que hay que adoptar y la dificultad en la búsqueda continua de una decisión rápida, avalada al mismo tiempo por expertos y científicos.

A lo largo de sus páginas, Martin Hirsch, director general de la Agencia Francesa de Seguridad Sanitaria de los Alimentos (AFSSA), nos relata cómo su organismo, y él mismo como director, ha estado obligado a reaccionar frente a esos miedos, a veces reales, a veces inducidos, de los consumidores. El autor explica y describe (con algunos ejemplos relativos a algunas de las crisis de los últimos tiempos) cómo se forja, en el marco de un organismo de esa naturaleza, la evaluación científica; es decir, cómo se crean las relaciones entre expertos y responsables políticos. Su posición de alto funcionario y Director General de la Agencia le

permite perfilar los vínculos complejos que existen entre el consejero y el decisor, entre el experto y el gestor, entre el político y el científico. Cada uno de los debates, además de mostrar las controversias entrambos, abren nuevas preguntas y, por tanto, nuevo material para el trabajo científico.

En este libro, que se lee prácticamente como un novela, el autor transmite el mensaje de la transparencia: no jugar con información escondida, no esconder la información a la prensa, facilitar contactos entre científicos, y, ante todo, informar al público y dar las explicaciones relativas a las crisis alimentarias. Transparencia que incluye el que cuando la Administración desconozca algo, debe también decirlo.

Cada uno de los capítulos es una historia, descrita con gracia, sencillez y con gran sensibilidad. Tanto el capítulo en el que comenta las tensiones, angustias y miedos en un momento tan delicado como fue el de la enfermedad de las vacas locas debido a la Encefalopatía Espongiforme Bovina (EEB), como el que narra el escándalo de la Farmacia Central de los Hospitales, con las ventas de la hormona de

Revista Internacional de Sociología (RIS)

Tercera Época, nº 32, Mayo-Agosto, 2002, pp. 223-241.

crecimiento, o aquel otro donde nos presenta los grandes interrogantes de la Agencia como organismo decisor y del propio autor como consumidor en el tema de los OGM (Organismos Genéticamente Modificados). Sobre este último tema (el de los popularmente llamados transgénicos), en el que no se llegan a poner de acuerdo científicos y responsables políticos y donde tanto los unos como los otros tienen razón en sus argumentos, lo único cierto es la dificultad para pronunciarse sobre la ausencia de riesgo de esos productos OGM. Es precisamente por eso por lo que Martín Hirsch nos presenta el tema de los transgénicos como un campo privilegiado para aplicar las teorías del principio de precaución, y preguntarse cuestiones tales como las siguientes: para qué sirven los OGM, a quién interesan realmente, si son o no importantes para las industrias y para los consumidores, o si realmente benefician a los países pobres.

Ante las crisis alimentarias y sanitarias de los últimos tiempos, a pesar de las contradicciones y divergencias de opiniones, los responsables políticos se quedan más tranquilos si sus decisiones están avaladas por expertos y científicos. En el caso de la AFSSA, para actuar con seguridad y transparencia consulta a científicos y expertos antes de tomar posición. Ahora bien, si los científicos no ven claro un tema, ¿la Agencia debe contentar al gobierno diciendo lo contrario? A esta pregunta, la experiencia del autor le permite decir que las presiones y conflictos ante estas situaciones pueden ser enormes y no deben desestimarse. Es decir, que cuestiones que son esen-

ciales para los científicos, a menudo son exageradas para los responsables políticos que deben tomar decisiones; e inversamente, a veces cuestiones que son de importancia mayor para los poderes públicos parecen no tener la menor importancia para los científicos. Así, la distancia existente entre los intereses científicos y los retos políticos es uno de los aspectos a destacar en este libro.

Utilizando como ejemplo el caso del ganado bovino surgido tras la prohibición del uso de las harinas animales en su alimentación y que, sin embargo, siguen contrayendo la enfermedad de la EEB, el autor nos presenta otro de los problemas de seguridad sanitaria, el que conlleva a una ineptitud en los controles. Con ello nos introduce en un campo apasionante, y nos invita a un paseo, a lo largo de los capítulos 12 y 13, por "el país de las normas".

Actualmente la mayor parte de la legislación se produce en Bruselas, donde la salud no ha sido un tema central en la construcción europea. Si la UE se ha interesado por la normativa sanitaria ha sido casi por necesidad. Además, como cada país fija normas con umbrales diferentes, es difícil hablar hoy en día de un mercado único europeo de alimentos. Martín Hirsch nos pone como ejemplo la batalla librada, hace unos años, para decidir el tipo de luces que deberían llevar los coches: los franceses estaban por las amarillas, y los alemanes y españoles por las blancas; dada la dificultad de contentar a todos los países, esa simple discrepancia impedía la creación de un mercado europeo de automóviles. Finalmente, más allá de las exposiciones sanitarias,

se eligieron los faros blancos para todos los automóviles europeos y el problema de si son mejores los blancos o los amarillos se olvidó (p. 149). Con las normas alimentarias pasaría lo mismo; algunas han sido fijadas basándose en criterios científicos, deberían ser las mismas para todos los países; pero la mayoría de las veces son fruto de compromisos. Primero, porque en ciertos casos no hay suficientes argumentos científicos. Segundo, porque, a falta de una certeza absoluta, la conciliación consiste en elegir una norma que pueda ser fácilmente respetada y con la que el consumidor corra el menor riesgo posible. Es el caso de las normas relacionadas con sustancias cuya toxicidad podría afectar a largo plazo (nos viene a la idea el caso del amianto). Los métodos científicos suelen ser los mismos en los distintos países, pero existe una parte de arbitrariedad enorme, lo que hace que cualquier norma pueda ser sobrepasada. Ello lleva al problema extremo que se provoca "cuando sobrepasar una norma se transforma en la norma".

En cuanto a las fobias que producen los riesgos, la perfección no es de este mundo como bien dice el autor, y hay que aprender a tomar conciencia de un peligro, sin crear el pánico. En este pasaje, me ha parecido acertada esa doble vertiente del riesgo: por un lado, se culpabiliza al consumidor, y por otro, se le infantiliza. Se le culpabiliza cuando se le quiere imputar la causa de la crisis; se le infantiliza cuando se piensa que el consumidor sólo puede entender discursos simples y edulcorantes. Para salir de esta doble vertiente la sociedad debería responsabilizarse, lo

que exige, a su vez, que el político tome conciencia de su responsabilidad.

Pero es cierto que los científicos disponen de un poder social: el de la certidumbre, por lo que, en principio, no deben probar su legitimidad, esto hace que su responsabilidad sea mayor frente a los que le ofrecen su confianza. Al sopesar el poder de los científicos de esta manera, el autor les otorga una cierta ética vinculada a la responsabilidad, no sin ignorar lo escabroso que puede llegar a ser el establecer los lazos de los expertos con la sociedad.

No nos hemos de extrañar que, aunque con una postura bastante neutral, por el papel que tiene en la sociedad en tanto que decisor y político, el autor se incline del lado de la Administración (del *príncipe*) y se interrogue, a modo de conclusión (p. 294), si no será que hoy los consejeros del *príncipe* (los expertos) pretenden transformarse en los propios consejeros del pueblo; si así fuera, el *príncipe* se preguntaría si no ha sido desposeído de su poder, cayendo en contradicción, ya que para probar a los expertos, el político a veces prescinde de ellos y otras veces abdica ante sus decisiones. Este doble juego es complejo y presenta, según Hirsch, dos peligros: el peligro de un gobierno de expertos, que sería perjudicial para la democracia; y el de un gobierno sin expertos, que sería igualmente nocivo para la salud. Tan necesaria es la política como la ciencia, y de ahí la necesidad de poder articular, de saber arbitrar, entre ciencia y política.

ANA VELASCO ARRANZ
IESA-CSIC. Córdoba